

con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien sócorrelle con un jarro de agua, y así se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo, (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: ¿por dicha, hásele olvidado á vuestra merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedáron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déxeme á mí: y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le truxese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léjos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno,

y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGO Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote

le dixo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿que podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por haber visto, que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consenten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no lo fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí, que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso

como nosotros, y todos, segun los oí nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamientos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho; y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernó á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de ceca en meca (1) y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, San-

(1) En Zaragoza habia un juez llamado de la Zeca: otros dicen que Zeca era una casa de devocion que tenian los moros en Cordova. Meca fue patria de Mahoma. Pudiera presumirse si por el sonsonete final de estas voces y por la distancia de los lugares se formó esta expresion vulgar, con que se significa una persona que vagnéa, y que es traída de un lugar á otro, de uno en otro tribunal. En la *Resurreccion de Celestina* (scena 17.) de Elicia su criada dice Pandolfo: *ahora la quiere casar despues de haber corrido á ceca y á meca, y á los olivares de Santander.*

cho, respondió Don Quixote, de achaque de caballería: calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio: si no, dime ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé, que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la del Vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quixote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maes-

tría, que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamientos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada* (1), que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada seme-

(1) Mejor diria de la *Verde Espada*. Hablase aquí de Amadis de Gaula, por que en diciendo *Amadis* solamente, se entiene siempre por excelencia el de Gaula. El qual fue llamado: *el Caballero de la verde espada*, y en Alemania no le sabian otro nombre sino *el Caballero de la verde espada*, como se puede ver en los capitulos LVI, LXX, y LXXIII, de su Historia. Entre las particularidades de esta espada, que era encantada, se contaba la de ser hecha su vayna de un hueso verde de cierto pescado, tan diafano, que se traslucia la hoja, y el encanto consistia en no poderse sacar de ella; pero la sacó Amadis de Gaula en una prueba ó aventura de leales amadores con la señora Oriana. *El Caballero de la Ardiente Espada* fue Amadis de Grecia, por tener señalada una en el pecho *tan bermeja como una brasa*; y así en la Parte I, cap. LXVI, de su Historia se dice: *como el Caballero de la Ardiente Espada se mudó el nombre, y se llamó Amadis de Grecia*. Con que se ve que aquí se equivoca un Amadis con otro.

jante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban don Quixote y su escudero, quando vió Don Quixote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dixo: este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuaxada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse,

embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echáron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor; pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana: este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues porque se quieren tan mal estodos señores? pregun-

tó Sancho. Quiérense mal, respondié Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y ademas agraciada señora, y es christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pantapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero donde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dixo Don Quixote: lo que puedes hacer dél; es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exér-

bitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos exércitos. Hiciéronlo así, y pusieron sobre una loma, desde la qual se yerian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes (1), que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, quando

(1) De color de oro, ó amarillo.

con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miau* (N), que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina hija del Duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana (1), que trae las armas como nieve blancas, y el escudo de blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Piérres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice

(1) Yegua grande y desmesurada, de que usaban comunmente los gigantes que se introducen en los libros de caballerias.

así: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro esquadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones. Aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto (1), los Montuosos que pisan los Masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiópes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro es-

(1) Este rio, llamado por los dioses *Xanto*, y por los hombres *Scamandro*, es famoso entre otras causas por los muchos troyanos que mató Aquiles dentro de él y en sus riberas, y por haber incendiado sus aguas el dios Vulcano. (*Iliad.* lib. XX, y XXI.)

quadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis (1), los que tersan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil (2), los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elíseos Xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas (3), los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre

(1) El Guadalquivir, cuyas aguas riegan muchos olivares. Y dixo Marcial:

Bætis olivifera crinem redimite corona.

Esto es:

Ceñid la cabellera del Betis con corona de olivo. (Lib. XII, Epig. ult.)

(2) Esto es: río semejante al Nilo, como dice Covarrubias deduciéndolo del arabe. El Nilo fecunda con sus inundaciones el Egipto, y por este beneficio era tenido por cosa divina. El Xenil fertiliza la vega de Granada, y por esta semejanza le llama Cervantes *divino*, y *provechosas* sus aguas. Los romanos le llamaron *Singillis*, y, si Xenil se deriva de esta palabra, diríase que no ha lugar á la interpretacion arabiga *instar Nili*, ó *semejante al Nilo*, y que sin embargo la siguió nuestro autor.

(3) *Al oriente de Toledo* (dice Pisa en su Historia: lib. I, cap. 27.) *están las excelentes y muy fértiles tierras, llamadas la Mancha y Priorazgo de S. Juan; que en tres cosas, que son pan, vino y carne, mas y mejor exceden á todas las otras de España.*

Goda (1), los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silboso (2) Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra (3). ¡Válame Dios, y quantas Provincias dixo, quantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia

(1) Los vizcainos, que benefician muchas herrerías, y á cuyas montañas se retiraron los godos, segun Cervantes y otros, quando entraron los moros en España, y como se supone que estos no penetraron allá, por eso juzga que los cantabros ó vizcainos son reliquias de la sangre goda.

(2) Por el ruido y susurro que agitadas por el viento mueven las ramas y hojas de los muchos y diversos árboles de aquellos elevados montes.

(3) En la enumeracion de estos dos exércitos ó escuadrones imaginarios imitó Cervantes la que hace Homero (lib. XX, de la *Iliada*) de los capitanes y naves con que fueron los griegos á la conquista de Troya, y la de los troyanos y sus tropas auxiliares: y si los críticos la celebran tanto, no debe merecerles menos aprecio la de nuestro autor, vista su esquisita erudicion, la suavidad de estilo, y la propiedad de los peculiares atributos, con que caracteriza tantos pueblos y rios, en lo que seguramente compite con el poeta griego.

leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de quando en quando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes, que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dixo: señor, encomiando al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto, aloménos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Como dices eso? respondió Don Quixote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos (o) del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déxame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, baxó de la costezuela como un rayo. Dióle

voces Sancho, diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró; que locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: ¿que es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote, ántes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguís y militáis debaxo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis quan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de véras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces, que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descinéronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron,

vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsoela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de embasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo



la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díxole: ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales, hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió, que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas, ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor: llégate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la

boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡ Santa Maria! dixo Sancho: ¿ y que es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedáron entrámbos como de perlas. Acudió Sancho á su asno, para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíxose de nuevo, y propuso en su corazon de dexar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Ínsula. Levantóse en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se

le acabasen de salir los dientes, asíó con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo, (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas, y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo: sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables: y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. ¿ Como no? respondió Sancho: ¿ por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿ y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mesmo? ¿ Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respon-

dió Sancho, quando faltaran por estos prados las yerbas, que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quixote, tomara yo ahora mas aina un quartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna (1). Mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote, porque caballero

(1) Andres de Laguna, natural de Segovia, médico del Papa Julio III, no solo ilustró ó anotó á Pedacio Dioscórides Anazarbeo, que trata de la *Materia medicinal*, sido que le traduxo de griego en castellano.

andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios, que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados: que, si los hay, daré al diablo el ható y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu eleccion el alojarnos. Pero dame acá la mano, y atíentame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dixo: ¿quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han

sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

 CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino (1) ó como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto, que por

 (1) Yelmo de Mambrino.